

# Hombre verdadero

**Nathan  
Busenitz**  
editor general



EDITORIAL  
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en desarrollar y distribuir productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

MEN OF THE WORD

Copyright © 2011 by Nathan Busenitz

Published by Harvest House Publishers

Eugene, Oregon 97408

[www.harvesthousepublishers.com](http://www.harvesthousepublishers.com)

Edición en castellano: *Hombre verdadero* © 2024 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Traducción: Rodrigo Hinojosa

Maquetación y composición del eBook: [www.produccioneditorial.com](http://www.produccioneditorial.com)

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NBLA” ha sido tomado de la Nueva Biblia de las Américas, © 2005 por The Lockman Foundation. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de la Santa Biblia, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL®, © 1999, 2015 por Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Las cursivas añadidas en los versículos bíblicos son énfasis de los autores.

EDITORIAL PORTAVOZ

2450 Oak Industrial Drive NE

Grand Rapids, MI 49505 USA

Visitenos en: [www.portavoz.com](http://www.portavoz.com)

ISBN 978-0-8254-5042-6 (rústica)

ISBN 978-0-8254-7154-4 (Kindle)

ISBN 978-0-8254-7155-1 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 33 32 31 30 29 28 27 26 25 24

*Impreso en los Estados Unidos de América  
Printed in the United States of America*

*De parte de los colaboradores,  
para nuestro pastor y maestro,*

*John MacArthur.*

*Gracias, John, por mostrarnos con fidelidad,  
tanto en tu predicación como en tu vida,  
lo que significa ser un hombre de la Palabra.*

*Somos tremendamente bendecidos  
por haber servido en Grace Community Church  
bajo tu liderazgo.*



# Contenido

<b>Prólogo: El hombre verdadero camina con Dios . . . . .</b>	<b>7</b>
JOHN MACARTHUR	
<b>Prefacio: La clave para convertirte en un hombre piadoso . . . .</b>	<b>11</b>
NATHAN BUSENITZ	
<b>1. El hombre verdadero anda por fe</b>	
<i>Lecciones de la vida de Abraham. . . . .</i>	<b>15</b>
NATHAN BUSENITZ	
<b>2. El hombre verdadero encuentra su satisfacción en Dios</b>	
<i>Lecciones de la vida de Salomón . . . . .</i>	<b>27</b>
RICK HOLLAND	
<b>3. El hombre verdadero atesora la Palabra de Dios</b>	
<i>Lecciones de la vida de Josías. . . . .</i>	<b>42</b>
TOM PATTON	
<b>4. El hombre verdadero ora con valentía</b>	
<i>Lecciones de la vida de Elías . . . . .</i>	<b>55</b>
JUSTIN MCKITTERICK	
<b>5. El hombre verdadero disfruta de la adoración</b>	
<i>Lecciones de los salmistas de Israel . . . . .</i>	<b>69</b>
JOHN MARTIN	
<b>6. El hombre verdadero huye de la tentación</b>	
<i>Lecciones de la vida de Timoteo . . . . .</i>	<b>82</b>
ANDREW GUTIERREZ	
<b>7. El hombre verdadero se arrepiente de su pecado</b>	
<i>Lecciones de la vida de David. . . . .</i>	<b>95</b>
MARK ZHAKOVICH	
<b>8. El hombre verdadero rehúsa claudicar</b>	
<i>Lecciones de la vida de Daniel . . . . .</i>	<b>108</b>
KELLY WRIGHT	

<b>9. El hombre verdadero dirige con valor</b>	
<i>Lecciones de la vida de Nehemías</i> . . . . .	121
JONATHAN ROURKE	
<b>10. El hombre verdadero ama a su esposa</b>	
<i>Lecciones de la vida de Pedro</i> . . . . .	134
RICH GREGORY	
<b>11. El hombre verdadero pastorea a su familia</b>	
<i>Lecciones de Efesios 5–6</i> . . . . .	146
JIM PILE	
<b>12. El hombre verdadero trabaja duro</b>	
<i>Lecciones del libro de Proverbios</i> . . . . .	161
AUSTIN DUNCAN	
<b>13. El hombre verdadero ama a sus enemigos</b>	
<i>Lecciones de la vida de Eliseo</i> . . . . .	175
JESSE JOHNSON	
<b>14. El hombre verdadero comparte el evangelio</b>	
<i>Lecciones del libro de los Hechos</i> . . . . .	189
KEVIN EDWARDS	
<b>15. El hombre verdadero ama a la iglesia</b>	
<i>Lecciones de la vida de Pablo</i> . . . . .	202
BRENT SMALL	
<b>Apéndice: El hombre verdadero busca la pureza.</b> . . . . .	215
BILL SHANNON	

PRÓLOGO

# El hombre verdadero camina con Dios

JOHN MACARTHUR

**S**i examinamos la vida de los justos en las Escrituras, una característica se vuelve rápidamente evidente: todos caminaron con Dios, en dulce comunión y en sincero compromiso con Él. Los patrones de su vida correspondían con la pasión de su corazón: conocer al Señor y obedecerlo. Al igual que Enoc, caminaron con Dios en devoción privada y en compañerismo íntimo (Génesis 5:22-24). Al igual que Noé, caminaron con Dios en despliegues públicos de justicia, incluso cuando la cultura a su alrededor estaba totalmente corrompida (Génesis 6:9). Al igual que Abraham, caminaron con Él en sus decisiones personales, incluso cuando Dios los llamó a creer en promesas aparentemente imposibles (Génesis 17:1). La prioridad de su vida era honrar a Dios en todo y actuaron de forma correspondiente.

Estos hombres fieles también llamaron a otros a caminar con Dios. Moisés y Josué, por ejemplo, recordaron en repetidas ocasiones a los israelitas que debían vivir “andando en sus caminos” (Deuteronomio 8:6; cp. 10:12; Josué 22:5). El Señor prometió a su pueblo que, si ellos caminaban con Él, Él caminaría también con ellos. Él mismo les dijo en Levítico 26: “Si anduviereis en mis decretos y guardareis mis mandamientos, y los pusiereis por obra [...] andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo” (vv. 3, 12). ¡Qué promesa tan asombrosa!

Unas pocas generaciones más tarde, el pueblo se dio media vuelta y se alejó de Dios (Jueces 2:17, 22). A partir de la época de los Jueces y hasta el cautiverio en Babilonia, los ciclos de desobediencia nacional y de castigo divino plagaron a Israel. Siguió habiendo quienes caminaron con Dios... líderes como David (1 Reyes 3:14), Ezequías (2 Reyes 20:3) y Josías (2 Reyes 22:2; 23:3). Sin embargo, la mayoría de los gobernantes de la nación anduvieron en caminos de idolatría y de inmoralidad (ver 2 Reyes 8:18; 10:31; 16:3; 21:21). Aunque los profetas los llamaron continuamente con palabras como “caminaremos a la luz de Jehová” (Isaías 2:5; cp. Jeremías 26:4; Ezequiel 20:19; Oseas 14:9; Miqueas 4:5), el pueblo no los escuchó. Como resultado, tanto el reino del norte como el del sur terminaron por caer ante sus enemigos.

El rey David en especial conoció la importancia crítica y el gozo inimaginable de caminar con Dios. Él mandó a su hijo Salomón a hacer lo mismo (1 Reyes 2:3) y, este, al menos al principio, pareció deseoso de seguir la instrucción de su padre (1 Reyes 8:58). Por tanto, no es de sorprender que los libros de Salmos y Proverbios estén llenos de exhortaciones a andar en los caminos de Dios (p. ej.: Salmos 81:13; 119:3; 128:1). Los hombres que hacen esto andan en integridad (Salmos 15:2), sin mancha (Salmos 101:6) y conforme a los mandamientos de Dios (Salmos 119:1, 35). No siguen las sendas del malvado (Salmos 1:1; Proverbios 4:14), sino que andan en rectitud (Proverbios 14:2) y en sabiduría (Proverbios 28:26). Como resultado, reciben la bendición de Dios. Salomón lo expresó de esta manera: “Abominación son a Jehová los perversos de corazón; mas los perfectos de camino le son agradables” (Proverbios 11:20).

Cuando llegamos al Nuevo Testamento, caminar con Dios sigue siendo un tema destacado. Los creyentes no deben andar según la carne (Romanos 8:4) ni según la antigua manera de vivir (Efesios 4:17). En cambio, deben andar en el Espíritu



(Gálatas 5:16, 25), en novedad de vida (Romanos 6:4), en amor (Efesios 5:2), en buenas obras (Efesios 2:10), en verdad (2 Juan 4) y en una manera digna del Señor (Colosenses 1:10; 1 Tesalonicenses 4:1). Deben caminar por fe (2 Corintios 5:7), como hijos de luz (Efesios 5:8; 1 Juan 1:7), como sabios (Efesios 5:15), conforme a los mandamientos de Dios (2 Juan 6), tal como Cristo mismo anduvo (1 Juan 2:6). Mientras corren la carrera de la fe, deben mantener su vista en Cristo (Hebreos 12:2). También pueden encontrar ánimo al mirar atrás a los ejemplos fieles de los santos del Antiguo Testamento (Hebreos 11:1–12:1).

Al igual que los creyentes de la época bíblica, los hombres cristianos en la actualidad son llamados a caminar en obediencia, en verdad y en piedad. Por supuesto, nada en este mundo facilita esta labor. La cultura va de mal en peor, y la iglesia, en muchos casos, se ha vuelto débil y superficial. Los que defienden la pureza personal y doctrinal a menudo son acusados de estar fuera de sintonía o de ser poco amorosos. La tentación de claudicar es grande. Sin embargo, Dios está buscando a los que han de permanecer fieles. En 2 Crónicas 16:9 se nos recuerda: “Los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él”. Las acciones de los hombres piadosos no están dictaminadas por la presión de los demás ni por la opinión pública. En cambio, se derivan de un profundo carácter y convicción personales, forjadas a través de años de caminar con el Señor en comunión íntima y en obediencia sumisa.

Por eso, me deleita recomendarte este libro. Es un fuerte llamado para que los varones cristianos se pongan de pie y acepten todo lo que Dios quiere para ellos. A diferencia de tantos otros libros para varones, que sustituyen la instrucción bíblica con sabiduría humana, *Hombre verdadero* se dirige a las Escrituras para descubrir qué dice Dios sobre el hombre que lo honra. Por supuesto, allí es donde debe comenzar la definición de la

verdadera masculinidad. Si quieres ser un hombre verdadero, a los ojos de Dios, debes entender qué te llama Él a ser. Para hacerlo, debes comenzar con su Palabra, exactamente lo que hace este libro. Esto es lo que lo vuelve tan invaluable, un texto indispensable para todo varón que desea crecer en piedad.

Sin embargo, este también es un libro especial para mí por otra razón. No solo su contenido es excelente y su mensaje tremendamente oportuno, sino que también sus autores conforman un grupo de varones a quienes amo y respeto muchísimo: mis colaboradores en el ministerio, el personal pastoral de Grace Community Church. No hay un grupo de varones a los que recomendaría con más gusto que a este. Verdaderamente, son hombres de la Palabra. Es para mí un gozo verlos producir este tomo porque los he visto ejemplificar fielmente estas verdades a lo largo de nuestros años de ministerio juntos. Sé que serás bendecido por sus esfuerzos aquí.

En las páginas a continuación, te alentará leer sobre los santos de antaño, hombres como Abraham, Daniel y Pablo, que honraron al Señor mediante su fidelidad a Él. Recordarás el estándar al que Dios te ha llamado como creyente que anhela obedecer su Palabra. Serás desafiado a mantenerte firme, exhortado a vivir en rectitud, refrescado por la verdad de Dios y consolado por su gracia. En medio de todo esto, inevitablemente identificarás un tema recurrente. Este ha sido el tema de este breve prólogo. Es el tema de la vida de todo varón piadoso y debería ser el tema de la tuya también: *El hombre verdadero camina con Dios*.

Si este es el anhelo de tu corazón, da vuelta a la página y continúa leyendo.

### PASAJES BÍBLICOS PARA PROFUNDIZAR MÁS

Génesis 5:24; Génesis 6:9; Génesis 17:1; Deuteronomio 8:6; Josué 22:5; 1 Reyes 2:1-3; 2 Reyes 23:3; Salmos 119:2-3; Gálatas 6:16, 22-25; Efesios 4:1; Colosenses 1:9-10; Hebreos 11:5.

## PREFACIO

# La clave para convertirte en un hombre piadoso

NATHAN BUSENITZ

**D**esde el principio, es necesario establecer dos cosas respecto a este libro. Por un lado, *este es un libro sobre hombres reales*. Fue escrito por pastores para varones cristianos con el objetivo de animarlos hacia una masculinidad verdadera, como Dios la define en su Palabra. No es un estudio exhaustivo, pero sí esperamos que te aliente hacia una semejanza más profunda con Cristo. A medida que miramos la vida de diferentes personajes bíblicos y profundizamos en las lecciones que aprendieron, descubriremos rápidamente que ser un hombre verdadero no tiene nada que ver con la fuerza física, con la habilidad atlética, con la riqueza financiera ni con el estatus social. En cambio, tiene todo que ver con una integridad personal, una obediencia de corazón y una dependencia diaria del Señor. La humildad, la fe y el amor son los rasgos de carácter de un hombre de verdad, uno que halla favor con Dios.

Por otra parte, *en realidad, este libro no se trata de hombres*. Permíteme explicar a qué me refiero.

Mis recuerdos más tempranos incluyen las historias de los grandes héroes de la Biblia, usualmente presentados como personajes en un franelógrafo o en una Biblia ilustrada. Entre ellos estaban Adán y Eva, Caín y Abel, Jacob y Esaú, José y sus

hermanos, Moisés y los israelitas y un sinnúmero de otros personajes. Me encantaba escuchar los relatos de la forma en que Sansón venció al león con sus manos, en que Jonatán protegió a su mejor amigo David y en que Ester convenció a su esposo de salvaguardar la vida de los judíos. En cada historia, el punto era siempre el mismo: Dios es fiel con los que caminan con Él.

En este libro, consideraremos la vida de algunos de los personajes más queridos de la Biblia, hombres que caminaron con Dios en obediencia fiel. Seremos alentados por su fortaleza, advertidos por sus fracasos e inspirados por su fe inquebrantable. Sin embargo, es importante enfatizar que, en realidad, el enfoque no está en ellos. Sin importar cuáles fueran sus éxitos y triunfos, todo el crédito pertenece a Dios. Sus historias de fe, por más valientes que sean, no tienen el objetivo de exaltarlos. Más bien, ellos fueron testigos de la increíble fidelidad de Dios. Él es Aquel a quien acudían en búsqueda de ayuda y liberación... y Él nunca les falló.

Los relatos épicos de la historia bíblica son, en su sentido más fundamental, testimonios del tremendo poder de Dios. Él es el personaje principal en todas las historias, desde la apertura del Mar Rojo hasta la caída de los muros de Jericó y del gigante Goliat. Todos estos relatos son clásicos de la escuela dominical. Sus personajes son hombres como Moisés, Josué y David. Sin embargo, en última instancia (y lo más importante), magnifican la grandeza y la gloria de Dios.

No es que no podamos aprender lecciones valiosas de los hombres piadosos de la historia bíblica. De seguro que sí podemos (y lo haremos en este libro). Su vida fue documentada para servir “como ejemplo” y “para amonestarnos a nosotros” (1 Corintios 10:11). Como esa “tan grande nube de testigos” (Hebreos 12:1), han dejado atrás un legado de fidelidad que somos llamados a seguir. Sin embargo, sus éxitos y triunfos no

fueron resultados de su propia inteligencia ni fuerza. Solo en la medida en que dependieron de Dios y confiaron plenamente en su sabiduría y poder, pudieron lograr algo de valor duradero. Y esa es una lección crítica que debemos recordar. Aunque nos beneficiamos grandemente de su ejemplo, siempre debemos mantener nuestros ojos en Cristo mientras proseguimos hacia la recompensa celestial (Hebreos 12:2). Mantenernos enfocados en Él es la clave para convertirnos en hombres piadosos.

Con esto en mente, que el Señor sea honrado en tu estudio de este libro.



# El hombre verdadero anda por fe

*Lecciones de la vida de Abraham*

NATHAN BUSENITZ

**E**n nuestra sociedad, se ha vuelto popular hablar de la *fe* como si fuera una especie de fuerza mística o de poder mágico. Incontables películas, series de televisión y canciones refuerzan la idea de que puedes lograr cualquier meta y superar cualquier reto *si tan solo tienes un poco de fe* o *si puedes creer*. No importa si el objeto de esa fe es “tú mismo” o cualquier otra fuerza fantástica (como el poder del amor o la promesa de cambio); el punto siempre es el mismo: Cree lo suficiente y tus sueños se volverán realidad. Para nuestra cultura posmoderna, el *contenido* de la fe no es importante. Lo crítico es sencillamente *creer* y que esa fe (sin importar su objeto) haga a uno feliz y promueva su estilo de vida.

La fe bíblica no podría ser más opuesta a esto, porque es definida por una confianza plena en el único objeto adecuado de fe: Dios mismo, y por la dependencia total de Él. La realidad es que el valor de la fe es directamente proporcional al objeto de esa fe. Para el secularista posmoderno, tener fe “en ti mismo” es un prospecto extremadamente limitante y desalentador. La fe que está

basada en ese tipo de fantasía es nada menos que una ficción. Sin embargo, para el creyente, la fe en Dios es la clave para enfrentar cualquier circunstancia de la vida. Él es infinitamente poderoso, sabio, bueno, fiel y amoroso. Depender de Él es decir con el apóstol Pablo: “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? [...] Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 8:31, 38-39).

Cuando leemos sobre los héroes de la fe en Hebreos 11, aprendemos que “por fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros. Las mujeres [incluso] recibieron sus [hijos] muertos mediante resurrección” (vv. 33-35). Por la fe, los santos del Antiguo Testamento lograron algunas cosas increíbles. O quizás sea mejor decir que *Dios* logró cosas increíbles por medio de los que creyeron en Él. Esta es una aclaración importante. Los héroes de la Biblia no solo creyeron, sino que creyeron *en Dios*. Su fe era invisible, pero no ciega. Dios fue la fuente de su poder y fortaleza. Él fue su enfoque y el objeto de su fe. Toda su confianza y dependencia estaba puesta en Él.

Sin el objeto correcto, la fe no es más que pensamiento ilusorio. Es patética y carece de poder. Sin embargo, si el objeto es Dios, la fe es la esencia de la salvación y el corazón de la vida cristiana. Las páginas de las Escrituras están llenas de ejemplos de personas que caminaron por fe. Uno de los principales fue un hombre de Mesopotamia que, aún sin tener hijos, dejó su tierra natal para seguir a Dios y, como resultado, se convirtió en el padre de una gran nación.



## UN HOMBRE LLAMADO ABRAHAM

Abraham es uno de los personajes más famosos y queridos del relato bíblico. Su historia, que encontramos en Génesis 11–25, ha sido vuelta a contar en innumerables ocasiones, desde por rabinos en el Israel del Antiguo Testamento hasta por maestros de escuela dominical de la actualidad. Él ha sido el tema de cantos, sermones, libros y debates teológicos. Tanto judíos como árabes lo consideran su ancestro físico, y el Nuevo Testamento afirma que es el padre espiritual de todos los que creen (Romanos 4:11-12; Gálatas 3:29). Ciertamente, el Señor cumplió su promesa a Abraham cuando le dijo: “Engrandeceré tu nombre” (Génesis 12:2).

Es fácil para nosotros, más de cuatro mil años más tarde, dar por sentada la vida de Abraham. Hemos escuchado tantas veces las historias que ya sabemos perfectamente qué sucederá a continuación. Sin embargo, a diferencia de nosotros, Abraham no tuvo el lujo de saber con exactitud cómo terminaría su historia. Sencillamente tuvo que confiar su futuro a Dios y vivir por fe en medio de las pruebas y tentaciones diarias.

Como con todos nosotros, hubo momentos en los que Abraham no confió en el Señor como debió haberlo hecho (ver Génesis 20, por ejemplo). Sin embargo, en lo general, su vida fue caracterizada por una fe constante en Dios y en su Palabra. Incluso cuando el cumplimiento de las promesas de Dios a Abraham sucedió mucho después de su propia vida, siguió confiando y obedeciendo. No es de sorprender que el Nuevo Testamento considere su vida como un modelo a seguir para todo creyente.

En este capítulo, consideraremos cuatro lecciones que el ejemplo de Abraham nos enseña sobre cómo ser hombres de fe.

### *1. Los hombres de fe se someten al plan de Dios*

Corría el año 2091 a.C. y Abraham (que en aquel tiempo se llamaba *Abram*), tenía 75 años. Aunque nació en Ur, su familia

se había mudado a una ciudad llamada Harán, ubicada en el noreste de Mesopotamia (en la Irak moderna), justo al este del río Éufrates.

Abraham fue un creyente de primera generación. Según Josué 24:2, creció en una familia pagana. Ya que era de Ur, probablemente había sido criado en la adoración al dios sumerio de la luna, Nannar, también llamado Sin. Taré, el padre de Abraham, pudo haber sido nombrado en honor a esta deidad, ya que su nombre se deriva de una palabra hebrea que significa luna.<sup>1</sup>

Josefo, el historiador judío, afirma que Abraham era, de hecho, un gran astrónomo.<sup>2</sup> Cuando el Señor lo salvó, Abraham se dio cuenta de que el sol, la luna y las estrellas no eran dioses, sino meros cuerpos celestes creados que operaban conforme al gran diseño de Dios. El sorprendido astrónomo, armado con un nuevo entendimiento del universo, pronto comenzó a denunciar en público la astrología de sus vecinos. Sin embargo, ellos no quisieron escucharlo. Sus fieles proclamaciones respecto al Dios verdadero se toparon con lo que Josefo llamó un “tumulto” de oposición.

En este contexto, Dios le ordenó a Abraham que se mudara con su familia a Canaán y le prometió que convertiría a sus descendientes en una gran nación (Génesis 12:1-3). ¡Qué promesa! Y, sin embargo, esto significó para Abraham dejar atrás todo lo que pudo haber conocido, incluyendo el hogar donde se había asentado y el lugar donde su padre murió. El llamado a salir de casa probó que en verdad creía en el Señor. Casi por seguro, le habría resultado más fácil quedarse en Harán, donde las cosas a su alrededor eran familiares. Nunca había estado en Canaán, la tierra a la que Dios le había mandado que fuera.

---

1. Eugene H. Merrill, *Kingdom of Priests* (Grand Rapids: Baker, 1996), 26.

2. Flavio Josefo, *Antigüedades judías*, 1:7.

Sin embargo, Abraham no puso excusas ni quejas (ver Génesis 12:4-5), sino que respondió en fe obediente, como lo explicó el autor de Hebreos: “Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba” (Hebreos 11:8). Aunque su camino le era desconocido, Abraham se sometió al plan de Dios, confiado en que el Señor lo enviaría directamente adonde necesitaba estar. Su propia preferencia de seguro habría sido quedarse en Harán, pero obedeció sin titubear al mandato del Señor porque sabía que la voluntad de Dios era lo mejor, aun si requería un cambio de vida dramático.

## *2. Los hombres de fe descansan en la justicia de Dios*

Al asentarse en la tierra de Canaán, Abraham y su sobrino, Lot, decidieron separarse porque sus rebaños habían crecido tanto que no era factible mantenerlos juntos. Con amabilidad, Abraham dejó que su sobrino escogiera primero el lugar donde apacentaría sus rebaños. De manera que Lot eligió la tierra más fértil para sí, cerca de las ciudades de Sodoma y Gomorra.

En este caso, la hierba más verde no fue la mejor elección. Las ciudades que colindaban con las llanuras de Lot eran increíblemente malvadas. Pronto, el mismo Lot cedió ante su influencia. Con el tiempo, se asentó en Sodoma (Génesis 13:12-13), un lugar tan perverso que su nombre es sinónimo de libertinaje. El pecado de Sodoma fue tan odioso delante del Señor que Él decidió destruirla con fuego del cielo.

Cuando Abraham se enteró de la intención del Señor, intercedió por la ciudad, no en defensa de su maldad, sino para que Dios perdonara a algún justo que viviera allí (Génesis 18:20-33). Después de todo, este era el hogar de Lot y de su familia. Es posible que Abraham conociera también a otros habitantes de la ciudad porque, un tiempo atrás, había rescatado a los ciudadanos de Sodoma de un ejército invasor (Génesis 14:1-16). Después

de que Abraham rogara a Dios por la ciudad, Él le aseguró que, aun si había diez justos en ella, no la destruiría (Génesis 18:32).

Sin embargo, no había ni siquiera diez justos en Sodoma. Según Génesis 19, solo había un justo en ella (cp. 2 Pedro 2:7), e incluso él era lejos de ser perfecto. Aunque Lot fue rescatado, junto con sus dos hijas, Sodoma fue destruida del todo. Sin embargo, la intercesión de Abraham comprobó que sabía que Dios era un juez paciente y que blandía su ira de forma cuidadosa y solo con una causa justa.

La confianza de Abraham en la justicia perfecta de Dios es especialmente evidente en Génesis 18:25, donde dijo al Señor: “Lejos de ti el hacer tal, que hagas morir al justo con el impío, y que sea el justo tratado como el impío; nunca tal hagas. El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?”. Abraham sabía que el carácter perfecto del Señor significaba que, aun en la dispensación de su ira, Él haría lo correcto. Aunque Sodoma sería destruida, Abraham no tenía razones para dudar de la justicia y de la bondad de Dios.

En nuestra época, muchas personas tienen problemas con las implicaciones de la ira divina. La pregunta que a menudo hacen es: “Si Dios es amor, ¿cómo puede castigar a los pecadores en esta vida y en la siguiente?”. La respuesta, como lo ilustra el ejemplo de Abraham, se halla en última instancia en el carácter justo de Dios. Su sabiduría es intachable y sus juicios son puros. Como sabía que Dios es misericordioso, Abraham intercedió fervientemente por la ciudad de Sodoma. Luego, porque sabía que Dios es santo y justo, descansó confiado en que el Juez de toda la tierra siempre haría lo correcto.

### *3. Los hombres de fe esperan los tiempos de Dios*

En Génesis 17, Dios prometió a Abraham que tendría un hijo de su esposa, Sara. Sin embargo, había un problema. Tanto

él como Sara eran muy ancianos y ella había sido estéril toda su vida. Sin embargo, la promesa de Dios fue clara: “La bendeciré [a Sara], y también te daré de ella hijo; sí, la bendeciré, y vendrá a ser madre de naciones; reyes de pueblos vendrán de ella” (Génesis 17:16). De hecho, cuando el Señor visitó a Abraham en el capítulo 18, le reiteró esta promesa: “De cierto volveré a ti; y según el tiempo de la vida, he aquí que Sara tu mujer tendrá un hijo” (v. 10).

La respuesta de Sara cuando escuchó las palabras de Dios probablemente fue la misma respuesta que nosotros tendríamos si estuviéramos en su situación: Se rio en incredulidad y se preguntó cómo podrían Abraham y ella tener un hijo a esta edad avanzada (Génesis 18:11-12). Al principio, Abraham también respondió con una risa llena de dudas (ver Génesis 17:17). Sin embargo, Romanos 4:19-21 indica que su disposición cambió rápidamente a una de esperanza confiada: “Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido”. Incluso cuando una concepción parecía físicamente imposible, Abraham escogió creer en las promesas de Dios, en vez de enfocarse en las imposibilidades científicas de su situación. Y Dios fue fiel (ver Génesis 21:1-2).

Por medio de este hijo recién nacido, Dios cumpliría su promesa de hacer de Abraham una gran nación, tan numerosa como las estrellas del cielo (Génesis 15:5). Esta promesa debió de haber sido especialmente significativa para Abraham, dado su conocimiento de astronomía. Él y Sara, en su avanzada edad, finalmente tuvieron a ese bebé que tanto había esperado. El nombre de su hijo, Isaac (que significa “risa”), apuntaba tanto a su incredulidad

inicial ante la promesa de Dios como al gozo subsecuente cuando se manifestó su fidelidad. Años atrás, Dios había asegurado a Abraham: “De cierto te bendeciré con abundancia y te multiplicaré grandemente. Y habiendo esperado con paciencia, alcanzó la promesa” (Hebreos 6:14-15).

Al esperar en el Señor por el nacimiento de Isaac, Abraham aprendió a confiar en Dios en todo. Esa lección fue vital porque preparó al patriarca para una prueba aún mayor, el día que Dios le pidió que entregara a ese mismo hijo a quien amaba.

#### *4. Los hombres de fe esperan en la provisión de Dios*

En Génesis 22, Dios probó la fe de Abraham para comprobar exactamente dónde estaba su verdadera confianza. El Señor dijo a Abraham: “Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré” (v. 2).

Es difícil imaginar qué pudo haber pasado por la mente de Abraham cuando escuchó estas palabras. Quizás algo como esto: *¿Qué está pasando? Este es el hijo que tú nos diste en nuestra vejez, Señor. Cuando no había esperanza ya de tener hijos, tú nos diste a este muchacho. Tu promesa de que yo seré el padre de una gran nación está basada en este hijo. Él es el descendiente que lo hace todo posible. Y ¿ahora quieres que lo sacrifique? De haber algún error.*

No obstante, si Abraham tuvo dudas, no duraron demasiado. Dios ya había probado su fidelidad a Abraham en el nacimiento de Isaac. De manera que, cuando este recibió el mandato de hacer lo que aparentemente era impensable, respondió con fe y sin quejas.

Mientras él e Isaac se acercaban al lugar del sacrificio, Isaac notó que algo faltaba y le preguntó a su padre: “He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?”. La respuesta llena de fe de Abraham estaba anclada en una teología

correcta: “Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío” (Génesis 22:7-8). Momentos más tarde, cuando llegaron al lugar designado, Abraham ató a su hijo y se preparó para matarlo. ¿Qué pudo haber pensado en ese momento? Según Hebreos 11:19, al levantar el cuchillo, Abraham consideraba “que Dios es poderoso para levantar [a Isaac] aun de entre los muertos”. Él estaba tan confiado en las promesas de Dios que razonó que, aun si su hijo moría, Dios lo levantaría de entre los muertos. ¡Eso es fe! Dios había prometido que levantaría una gran nación por medio de Isaac (Génesis 15:5-21) y Abraham sabía que Él cumpliría su palabra.

En Génesis 22:12-14, leemos que Dios detuvo a Abraham de matar a su hijo y que, en cambio, proveyó para el sacrificio un carnero trabado por los cuernos en un zarzal. Esta provisión no solo salvó la vida de Isaac, sino que también ilustró la provisión una vez y para siempre de Cristo en la cruz, a través de la cual los pecadores son salvos por su sacrificio sustitutivo. De forma apropiada, “llamó Abraham el nombre de aquel lugar, Jehová proveerá. Por tanto se dice hoy: En el monte de Jehová será provisto” (v. 14).

Abraham había demostrado que estaba dispuesto a confiarle al Señor todo cuanto tenía, incluyendo a su propio hijo. Su confianza en las promesas de Dios nunca vaciló; él sabía que Dios proveería. Por medio de sus acciones, probó que su vida era gobernada por un enfoque centrado en Dios y por una fe fundamentada en Él.

### **SALVO POR GRACIA, POR MEDIO DE LA FE**

Nuestro estudio de Abraham estaría incompleto si no consideráramos un aspecto crucial de su vida. En Romanos 4, el apóstol Pablo utilizó el ejemplo de Abraham para explicar el corazón del evangelio, es decir, que la salvación es por gracia,

únicamente por medio de la fe en Cristo y no por obras. Al igual que todo creyente antes o después de él, Abraham fue justificado por fe. Pablo, en su comentario sobre Génesis 15:6, escribió: “Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia. Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Romanos 4:3-5). El punto del apóstol era que Abraham no fue salvo por sus obras de justicia propia, sino por medio de la fe. Su buena posición ante Dios fue una dádiva de la gracia divina y le fue acreditada, no por algún esfuerzo o mérito propio. Él no hizo nada para ganar su salvación; sencillamente creyó en Dios y hasta su fe fue un don de gracia, al igual que para todos los creyentes (Efesios 2:8).

Por fe, Abraham confió plenamente en Dios para salvación. Lo mismo es verdad para todo el que desea perdón de parte de Dios y comunión con Él. En fe, el pecador debe reconocer su bancarrota espiritual, clamar por misericordia y aferrarse a la cruz. Solo los que han sido cubiertos por la justicia de Cristo, cuyos pecados han sido pagados en su muerte sacrificial, pueden disfrutar de una buena posición ante Dios. Otra cita de Pablo dice así: “Y no solamente con respecto a [Abraham] se escribió que le fue contada [la justicia], sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:23-25). Más adelante en Romanos, el apóstol reiteró el mensaje del evangelio con estas palabras: “Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (10:9).

En el inicio de un libro sobre la masculinidad piadosa, es crucial enfatizar que la verdadera masculinidad (del tipo que



agrada a Dios) es imposible sin la fe salvadora en Cristo. La vida de fe comienza en el momento de la regeneración. Y los que aún no han experimentado la gracia transformadora de Dios no pueden conocer la delicia de crecer en semejanza a Cristo ni de andar en su Espíritu. Al igual que Abraham, somos llamados a andar en fe. Y, al igual que él, esa fe comienza en el momento de nuestra salvación.

### **VIVIR POR FE COMO ABRAHAM**

Una y otra vez durante su vida, Abraham respondió con confianza en Dios, incluso cuando, ante su perspectiva, el futuro parecía incierto. Cuando pudo haberse quedado en Harán, decidió en cambio someterse al plan de Dios. Cuando Sodoma estaba por ser destruida, confió en el carácter recto de Dios y en su justicia perfecta. Cuando era demasiado anciano para tener hijos, creyó en la promesa de Dios. Incluso cuando el mandamiento del Señor parecía irracional (pedirle que sacrificara a su precioso hijo Isaac), siguió con su esperanza puesta en la provisión de Dios.

En todas estas decisiones, Abraham puso toda su confianza en el Señor. Aunque no siempre sabía cuál sería el resultado, no tenía razones para dudar ni para angustiarse. Dios tenía todo bajo control y Abraham estaba satisfecho con descansar en Él porque sabía que Él era fiel. Esta es la esencia de la fe: dependencia total de nuestro soberano Dios, tanto para esta vida como para la venidera.

Cuando ponemos nuestra esperanza en el Señor y obedecemos su Palabra, demostramos el mismo tipo de fe que caracterizó a Abraham. *Confiar y obedecer* no es solo una bonita frase pegajosa; es el palpitar de la vida cristiana. Aunque Abraham no fue perfecto, su vida sí estuvo marcada por este tipo de confianza firme en Dios. Como tal, es un ejemplo adecuado que debemos emular.

**PREGUNTAS DE REFLEXIÓN PERSONAL**

1. ¿Qué fue lo más interesante que aprendiste sobre la vida de Abraham en este capítulo?
2. En tu parecer, ¿qué evento en la vida de Abraham demostró de mejor forma su fe?
3. Según el ejemplo de Abraham, ¿cuál es la clave para ejercer fe ante un futuro incierto?
4. ¿Tu fe se caracteriza principalmente por confiar en el plan, la justicia, los tiempos y la provisión de Dios? ¿Por qué sí o por qué no?
5. ¿Hay algún área en tu vida que te impida ser descrito como un hombre que anda por fe? ¿Qué harás al respecto?
6. ¿Cuál es la relación entre la fe y la salvación?
7. Lee los “Pasajes bíblicos para profundizar más”. Al hacerlo, menciona de qué forma cada pasaje afirma, aclara o aplica las verdades que has aprendido en la lectura de este capítulo. ¿Algún otro versículo te viene a la mente?

**PASAJES BÍBLICOS PARA PROFUNDIZAR MÁS**

Génesis 15:6; Salmos 32:10-11; Salmos 56:3-4; Proverbios 3:5-6; Proverbios 28:25-26; Habacuc 2:4; Romanos 5:1-2; Efesios 2:8-10; Hebreos 11:1-2, 6; Hebreos 11:8-19.